

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 27 DE MARZO DE 1910.

NÚM. 117.



EL GABAN DEL ABUELO

Gloria era una chiquilla monísima, un verdadero encanto; pero tan perezosa, que no había manera de hacerla trabajar. Sus hermanas mayores la daban un buen ejemplo con su constante aplicación; asistían diariamente al colegio, y al volver á casa, en vez de jugar,

Ayuntamiento de Madrid

ayudaban á su madre en los quehaceres domésticos y no se acostaban sin estudiar las lecciones del día siguiente y rezar el Rosario. Gloria consideraba la vida que hacían sus hermanas como el más cruel de los martirios; la actividad la horrorizaba. Su mayor encanto era quedarse sola y medio acostada en un sofá (único mueble cómodo que había en la casa), ó sentada en el balcón, dar rienda suelta á la imaginación, dejándola volar por un mundo fantástico creado por ella. Unas veces soñaba que unos niños muy bonitos, de rizos rubios y ojos azules, venían á buscarla y la llevaban á un jardín precioso, sombreado por esbeltas palmeras y corpulentas magnolias. La temperatura era ideal é infinidad de flores embalsamaban el ambiente. Allí gozaba de un dulce reposo sin temor de que nadie la importunase. Otras veces se creía transportada á un mundo donde todos sus habitantes reían y cantaban sin pensar ni aun sospechar que fuese preciso trabajar para vivir. Generalmente, los sueños fantásticos de Glorita concluían de mala manera. Su madre, cansada de llamarla inútilmente, iba á buscarla, y cogiéndola por un brazo, la decía:

—Pareces tonta, hija mía; ¿tú crees que has nacido para vivir como una princesa? Pues te equivocas, no creas que tu padre va á ser eterno; llegará el día en que Dios se lo lleve, y entonces veremos cómo te las arreglas para ganar un jornal. ¡No sé cómo no te mueres de vergüenza! Ya has cumplido once años y no sabes leer ni coser un doblillo...

El sermón era casi siempre el mismo y, por lo general, terminaba con la intervención del abuelo, que invariablemente decía:

—Deja á mi pequeña, que ya se corregirá y será una mujercita de provecho.

La chiquilla abrazaba con mucho cariño al abuelito y se entregaba de nuevo á los caprichos de su imaginación. Así pasaron los días y los meses sin que Gloria hiciese el menor esfuerzo para corregir la pícara indolencia que la dominaba. Una noche de Enero, fría y lluviosa, en un cuarto de reducidas dimensiones y modestamente amueblado, estaban rodeando la cama donde agonizaba el abuelo Gloria, sus hermanas y sus padres. Todos rezaban, mezclando las oraciones con lágrimas que el dolor arrancaba de sus corazones, cuando el abuelo, incorporándose, dijo mirando á Gloria:

—Hija mía, te lego mi gabán; descóselo punto por punto con la punta de un alfiler, y al concluir encontrarás un tesoro. Ten constancia y llega hasta el fin.

La última voluntad del buen señor fué cumplida, y la niña se encon-

tró con un abrigo que tenía más puntos que estrellas el firmamento, pero ante el deseo de encontrar el anunciado tesoro, venciendo su pereza, empezó á descoserlo. El primer día sólo trabajó un cuarto de hora; al siguiente, un poco más, y así sucesivamente, hasta que, ilusionada, viendo cómo avanzaba su obra de destrucción, se levantaba temprano y sentándose con su madre descosía sin descanso, charlando como una cotorra y cantando como un ruiseñor. Por fin, llegó el anhelado momento en que el gabán quedó totalmente deshecho, y Gloria, riendo con esa gracia infantil que sólo tienen las niñas buenas, dijo á su madre:

—Me parece que el abuelito se equivocó, porque no encuentro el tesoro.

—No, hija mía, el tesoro ya lo tienes. Por el afán de buscarlo, te has vencido á ti misma, dominando la indolencia; con el trabajo asiduo has desterrado el vicio de pensar constantemente en cosas fantásticas, y con la actividad has cambiado el mal humor y el aburrimiento en la natural alegría que se debe tener á tu edad. Ahora verás cómo te gusta estudiar y así llegarás á ser una mujer de provecho. Qué te parece, ¿has encontrado el tesoro ó no?

Gloria, por toda respuesta, abrazó á su madre exclamando:

—¡Qué bueno era el abuelo!

MARÍA DE PERALES.



LA SENCILLEZ DE LO MARAVILLOSO

X

Confiados los niños en la virtud de las cajitas, comenzaron á ma-
drugar y á trabajar afanosamente, bien seguros de que no sentirían fatiga ni cansancio.

—¡ Anda salero, Urso!—dijo Pipá al cabo de unos días.—¡ Pues es verdad que ahora me gusta trabajar! ¡ Mira que es bonito ver mi habitación limpita y soleada y muy bien arreglada á mi gusto! ¡ Mira que es delicioso entrar en la habitación *de oro*, y verlo todo resplandeciente y pulido, y tener el orgullo de que todo aquello lo he hecho yo mismita...!

—¡ Ya lo creo!—respondió Urso.—¡ Y qué preciosas cosas se aprenden en los libros estudiando con afán!

—¡ Huy..., preciosísima!—exclamó la rubia niña.—¿ Pues y lo divertidas que son las faenas del campo? ¡ Qué entretenido y curioso es labrar y arar...! ¡ Todo, vamos, todo! ¡ Y ver cómo nacen y crecen los granos, y las plantas, y las hortalizas, y las flores...!

—¡ Qué hermoso es el saber y el trabajo, Pipá!

—¡ Sí, sí! Pero aquí, porque nos ayudan las cajitas; ya ves que yo era bien perezosa y que no creía que iba á volvérmela trabajadora... Pero es que ahora sé que no me voy á cansar, y antes temía fatigarme. ¡ Vaya una fuerza que deben tener los dioscecillos que así nos ayudan...! ¡ Oye..., oye, Urso...!

—¿ Qué quieres, Pipá...?

—Es el caso...—balbució Pipá,—es el caso... que yo... tengo curiosidad por ver á los *dioscecillos de la laboriosidad*...

—Nos han encargado que no los veamos—contestó el niño.

—¡ Anda, hombre, anda!—suplicó la niña.—¿ Quién lo va á saber?

—¡ No quiero, ea!—dijo Urso, aunque más tímidamente.

—¡Pero, tonto, si no es más que un poquitín! Levantamos con cuidado la tapa... miramos, y, ¡zas!, cerramos corriendo...

—¡Bueno, bueno!—exclamó el niño mustio y triste.

Abrieron con gran cuidado la tapa de las cajitas, y... ¡Dios mío; ¡si no había nada!

—¿Cómo será esto, Urso?

—No sé, Pipá, no sé—contestó malhumorado el niño.—Aquí debían estar los dioscellos. ¡Sabe Dios lo que nos pasará ahora, por haber desobedecido!

* * *

Cuando los niños entraron, cabizbajos y temerosos, á la presencia de las hadas éstas le dijeron:

—Habéis desobedecido nuestros mandatos y tenemos que expulsaros del castillo.

—¡Perdón!—exclamaron los pequeñuelos.

—Es imposible; aquí no se puede estar más que obedeciendo ciegamente. Sin embargo, como os hemos tomado gran afecto por vuestras buenas cualidades, antes de marcharos para siempre, queremos haceros un último y especialísimo beneficio... Explicaros el *por qué* de ciertas maravillas. Guardad bien nuestras palabras.

Los niños abrieron mucho sus ojos.

—Ya habéis visto cómo y por qué sencillísima razón... por la razón del trabajo y la constancia, pueden ser para todos los hombres los campos, campos de oro... Habéis asistido y practicado el culto de la higiene, base indudable de la salud; madrugando, aspirando el aire puro de la mañana, entreteniéndose útilmente, y sin alterar el régimen de las comidas, las naturalezas se robustecen, el apetito aumenta y el alimento aprovecha; ¡qué fácil es conseguir esta *maravilla!* En cuanto á la laboriosidad... he aquí el misterio: Creyendo en los geniecillos, sin hacerla odiosa con duros castigos; confiando en una oculta ayuda, sin regañaros; fiados en que no os iba á cansar el trabajo... no os cansó. En realidad, las cajas estaban vacías. Ya veis cómo, si los humanos practicasen por convencimiento y voluntad las cosas que practican pensando en algo sobrenatural, triunfarian siempre. Tú, Pipá, creyéndote ayudada por la cajita, has trabajado sin temor y tomaste gusto al trabajo; lo mismo hubieras conseguido sin la caja; pero has necesitado creer en algo misterioso para dar un empuje á tu débil voluntad. Vais á volver á vuestros hogares, pero tener siempre muy presente *la sencillez de lo maravilloso.*

.....
Truenos, relámpagos, rayos y centellas caían con estrépito alrededor de Urso y Pipá cuando abrieron los ojos en el bosque. Empezaron lentamente el camino de sus casas, y vivieron felices, prósperos y contentos practicando cuanto habían aprendido durante su estancia en el castillo de las hadas blancas.

MARIA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.

FIN.

Ayuntamiento de Madrid

UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

XIII

Qué rey es éste, Juanito?

—Fernando V, papá.

—Fernando V... Fernando V... ¿Estará muy lejos doña Isabel la Católica?



FERNANDO V

—Está aquí al lado.

—¡Vamos! ¡Menos mal que han puesto juntos á los esposos! Porque acaso no supieras que este Fernando V fué el rey á quien se llamó el *Católico*. Como siempre que se cita á este matrimonio se dice “Fernando é Isabel”, nada tendría de particular que por la numeración no conocieras á Fernando V.

—¡Pues tienes razón, papá!

—¿Ves como yo sé lo que me digo? Bueno, ahora ten la bondad de contarme lo que sepas de los Reyes Católicos.

—Los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel cumplieron la misión providencial de terminar con los distintos reinos que vivían en España, reuniéndoles bajo su cetro y realizando la unidad nacional que hasta entonces parecía irrealizable...

—Muy bien... Verdaderamente á ellos es á quien corresponde el título de primeros reyes de España, y por ellos debe empezarse la lista, dicho sea entre paréntesis.

—Expulsaron á los moriscos de Granada, que era su último re-

fugio en nuestra península, y alcanzaron también grandes victorias para las armas españolas que al mando del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba pelearon en Italia, llegando hasta la conquista de Nápoles.

—No es muy eufónico el parrafito, pero en fin... Sigue.

—En su tiempo y con su ayuda realizó Cristóbal Colón el descubrimiento de América, extendiéndose así por el Nuevo Mundo los dominios de España y con ellos nuestra religión, de la cual fueron siem-

pre D. Fernando y doña Isabel celosos defensores, por cuya virtud se les conoce en la Historia de España con el sobrenombre de *Católicos*, título que les fué concedido por el Papa.

—Alejandro VI.

—¡No sé cómo se llamaba! Con la expulsión de los judíos, que no quisieron convertirse, llevaron á cabo la unidad religiosa. Fué, en fin, grande y fructuoso su reinado, pues en él llegaron además las letras y las ciencias á una gran altura, y nue tras Universidades fueron orgullo de propios y admiración de los extraños. A la muerte de doña Isabel, cuyo testamento político fué una prueba más de su gran talento, quedó D. Fernando regentando el reino en nombre de su hija doña Juana la *Loca*, cuyo hijo fué después el rey Carlos I de España y V de Alemania.

—Esta es la lección que mejor te has sabido, Juanito. Y también el resumen más acertado de cuanto vuestro profesor os enseña, porque no puede decirse más en buenas palabras, y con éstas basta para que tengáis idea de ese reinado. ¡Bien se conoce además que D. Jenaro es un entusiasta de los Reyes Católicos!

—Sí, papá. Dice que cuanto se diga es poco para alabarlos, particularmente á la reina.

—No es él solo quien lo dice. Y es extraño que nos haya enterado también de algunos pormenores referentes á doña Isabel para completar su figura. Según los historiadores, á pesar de dedicarse asiduamente á los negocios del reino, no abandonó jamás los negocios de su casa. Ella cosía y remendaba sus ropas y las de su marido, le hilaba las camisas, etc., etc. Así cuidó también á sus hijas, las cuales, por hacendosas y cultas, fueron el asombro de las cortes de Europa.

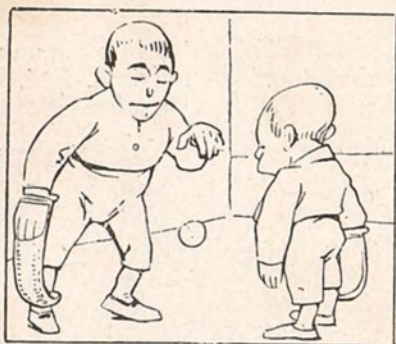
—Qué raro, ¿verdad?

—Sí que lo parece. Porque tenemos tal idea de los reyes que nos asombra saber que pueden ser como los simples mortales.

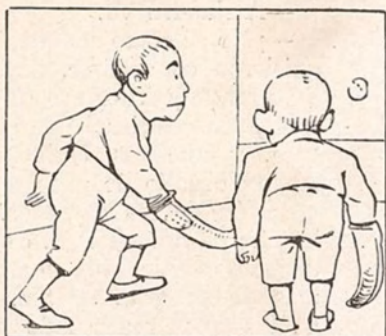
—Tienes muchísima razón, papá.



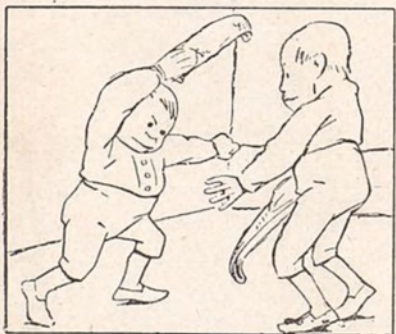
ISABEL LA CATÓLICA



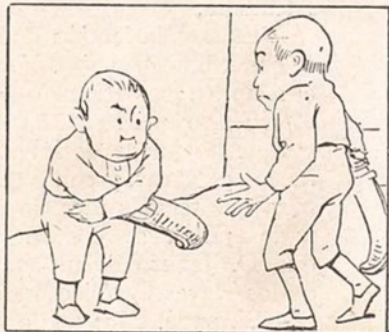
1. —Se coge así la pelota.
—Y se bota...



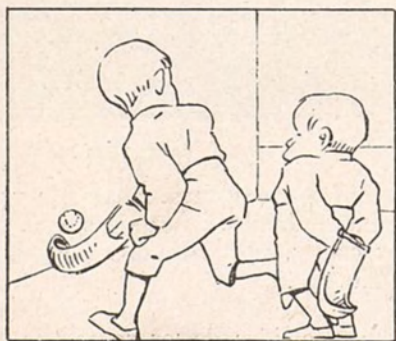
2. —Luego va contra el frontón.
—¡ Pon!



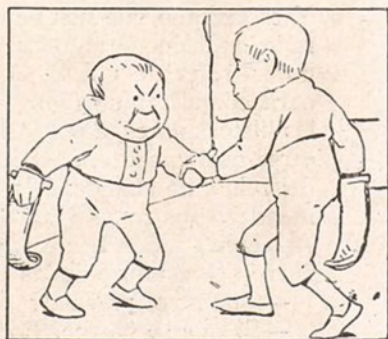
5. —En seguida, contra el muro...
—¡ Duro!



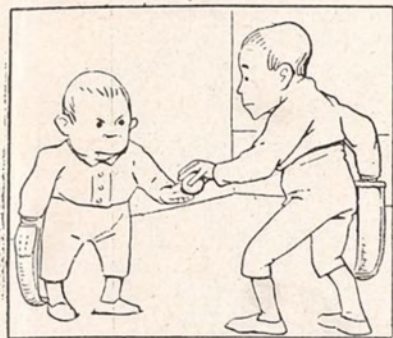
6. —¿Que dónde diablos se fué?
—¡ Y yo qué sé!



9. —Aquí tienes un revés
—¡ Y lo es!



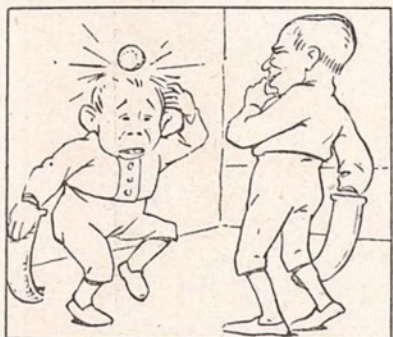
10. —Voy á ver si á mí me sale.
—¡ Dale!



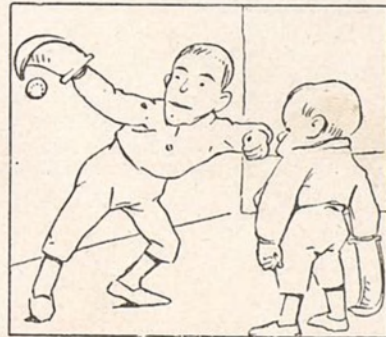
3. —¿Es que lo sabes tú hacer?
—¡A ver!



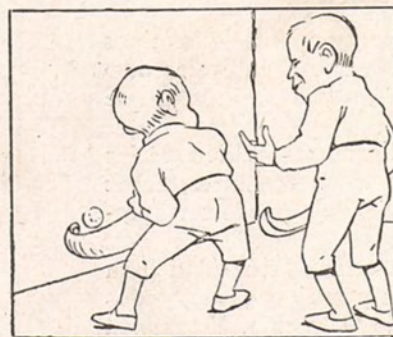
4. —Lo primero, contra el suelo...
—¡Al pelo!



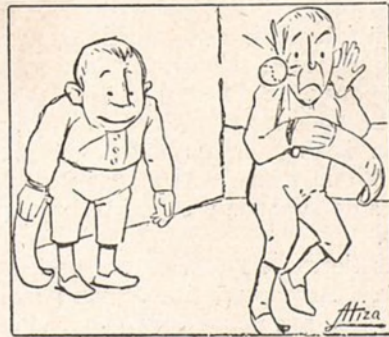
7. —¡Ay, ay, mi cabeza... rota...!
—¡La pelota!



8. —Fíjate, así es la bolea...
—¡Arrea!



11. —Da con fuerza y algo más.
—¡Ya verás!



12. —¡Caracoles, qué bromazo!
—¡Pelotazo!



EN EGIPTO

Esta fotografía está tomada en aquellos países, y aparte de los tipos que tienen el natural carácter, podría aplicarse á cualquier otro sitio, porque se refiere á una de las eternas tristezas de la vida que se dan en todos los lugares del mundo.

Son éstos unos agricultores modestos, dedicados al cultivo de las tierras que tienen arrendadas y de las cuales viven con la estrechez que es de suponer y con el trabajo que sólo viéndole puede ser apreciado.

Las tierras están lejos de sus hogares, y á ellas se trasladan para cuidarlas. En su cultivo toman parte hombres y mujeres, pues todos los brazos son pocos para ganar el sustento de la familia. Y también los niños, desde que pueden utilizar sus tiernas manos, ayudan á los padres en la penosa tarea, como éste que va en el borriquillo.



LOS COMETAS

—¡Abuelito! Ricardo me está haciendo llorar.

—¡Pero Ricardo!

—No hagas caso, abuelito; es que Rosario es tonta.

—No soy tonta; es que me está metiendo miedo con que se va á acabar el mundo.

—Pues no te apures, porque me parece que tienes mundo para rato.

—Es que la estaba explicando eso del cometa.

—¡Buenas explicaciones serán las tuyas!

—Dice que siempre que aparece un cometa tienen que suceder cosas muy malas, y qué ahora han aparecido dos nada menos.

—Pues, según la opinión de Ricardo, los males serían mayores todavía, porque aún tienen que aparecer en este año otros dos.

—¿Otros dos?

—Sí, hijos míos; este año vamos á tener cuatro huéspedes de esa clase; pero puede tranquilizarse Rosario, porque los cometas no anuncian absolutamente nada, ni bueno ni malo. La gente ignorante de todos los tiempos ha atribuido siempre virtudes

maravillosas á todo lo que no entiende, y al ver unas estrellas que no se ven siempre, creía que aparecían precisamente para anunciar á los mortales alguna calamidad tremenda.

—¿Pues en qué consiste que sólo se les ve alguna vez y cuando menos se piensa?

—Eso crees tú, que no se piensa. Pues has de saber que los sabios lo tienen tan pensado y tan conocido que con toda anticipación pueden anunciar la época de su aparición.

—¿Y cómo se puede eso adivinar?

—No es adivinación, sino cálculo. Conociendo el camino que sigue y el tiempo que tardan en recorrerlo, pueden precisar qué día será visible.

—No entiendo eso bien, abuelito.

—Pues es muy sencillo. Cuando estábamos este verano en el pueblo, ¿no me decías muchas tardes: "Ahora va á pasar el tren correo"?

—¡Toma, porque sabía á la hora que pasaba.

—Pues eso mismo les ocurre á los sabios; saben á la hora que van á pasar los cometas, y quien dice horas, dice años. El tren recorre una distancia á una velocidad dada, y como

conocemos las dos cosas, podemos muy fácilmente hacer el siguiente cálculo: el tren salió de Madrid á las diez; á la velocidad que trae, tardará dos horas en recorrer la distancia que hay de Madrid á aquí; luego á las doce debe pasar por esta estación. Pues bien, los cometas recorren, como el tren, un camino dado con una velocidad constante, y por eso puede saberse cuando pasarán por un punto determinado.

—Pero, abuelito, el tren se ve pasar todos los días, y nada tiene de particular que se sepa á la hora que va á pasar.

—Pues los cometas, si no pasan todos los días, pasan también muchas veces, y teniendo en cuenta lo que tardó de una vez para otra, se sabe el tiempo que tarda en andar su camino, ó sea en recorrer su órbita.

—¿Su órbita?

—Sí, hija mía; así se llama la curva que recorren los astros. Figúrate que estás en la plaza de Oriente y que pasa un cochecito de niños. El coche va dando la vuelta á la plaza, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues esa es la órbita que el coche recorre.

—¿Y los cometas van dando una vuelta así?

—No es precisamente redonda como un círculo, pero es ovalada, para que me comprendas. Al sabio de Ricardo, que tiene idea de la Geometría, le diré que es una elipse.

—¿Y siempre es igual?

—La de cada cometa, sí; pero cada cual sigue la suya, que es diferente, y por eso unos tardan más y otros menos en recorrerla. Este cometa que tanto ha oído que hablar y que se llama de Halley porque éste era el apellido del que le descubrió, tarda setenta y seis años en recorrer su órbita, mientras el cometa Trempel, que llegará esta primavera, solamente tarda cinco años y nueve meses. Esto es lo que científicamente se llama su período de revolución.

—¿Cinco años y nueve meses? De modo que pasaría en...

—En el año 1904 y en 1899, 1894, etcétera, etc.

—¿Y el de Halley? ¿Es ese tan precioso que se veía como dorado y á veces verde y rojo?

—No; ese á que tú te refieres es el de Johannesburgo, así llamado porque se ha observado por primera vez allí el 17 de Enero de este año. Por cierto que todavía se desconoce su órbita exacta y se ignora, por lo tanto, su período de revolución ni el camino que sigue por el espacio. Por esta carencia de datos ciertos, no puede precisarse si será uno de los cometas ya observados otras veces. Lo único que se sabe es que la elipse de su órbita es muy estrecha y larga, por lo cual ha pasado muy cerca del sol. A unos seis ó siete millones de kilómetros.

—¡Atiza! ¡Vaya una cercanía!

—Todo es relativo, hijo mío, y para las distancias que los sabios tienen que apreciar en el espacio, es pequeña. Calcula que la que media entre el sol y la tierra es veinticuatro veces mayor.

—¡Qué atrocidad!

—Me decía Ricardo para asustarme que ese cometa iba á chocar con el mundo y le iba á hacer polvo y yo, tonta de mí, no me fijaba en que un cometa tan chiquitín no podría hacerme gran daño.

—Eso de chiquitín es una figuración tuya. ¿Sabes el tamaño que tiene el cometa de Halley?

—Esta no sabe ni una palabra de eso.

—¿Y tú, sabes mucho?

—A mí me parece que como está muy lejos parece pequeño, pero que es grande.

—Muy bien. ¿Y como cuánto te parece que tendrá de diámetro?

—De diámetro... Muchos kilómetros... ¡Quizá ciento!

—Te has queda o un poco corto, Ricardito, porque tiene unos veinte mil. ¡Ya ves! Un diámetro vez y media mayor que el de la tierra.

—¡Ay, Dios mío! ¡Entonces es posible que nos haga polvo!

—Si chocara con la tierra, indudablemente; pero cuando la tierra pase por el punto en que podrían encontrarse, hará ya diez y ocho horas que el cometa ha pasado por allí.

Continuará.



RELATOS DE CAZA

EN LA SELVA

Baggara avanza cautelosamente por la intrincada selva. De vez en cuando se detiene, se arroja al suelo, hunde la cabeza entre las altas hierbas y escucha... Unos pájaros de áureo plumaje vuelan de árbol en árbol; los arroyuelos, que se deslizan casi ocultos, van murmurando dulce y tenuemente, y las lianas penden inmóviles, sin balancearse, como verdes serpientes dormidas... Baggara divisa de pronto, á través de un espeso cañaveral, las siluetas de tres antílopes que están paciendo tranquilamente echados en un pradecillo salpicado de múltiples y pintadas flores... Arma su potente arco, estíralo contrayendo su musculoso brazo, suelta la cuerda, y la flecha sibilante y mortal hiere al antílope más gallardo...

Baggara salva las cañas dando formidables saltos. El animal, herido de muerte, corre desesperado y loco por el dolor entre los laberínticos troncos. A lo mejor se tambalea y parece que se va á tumbar en la hierba y á esperar agonizante la llegada de su enemigo; pero repentinamente y recobrando su primitivo vigor, torna á correr con todas sus fuerzas... El viento se levanta impetuoso y rauda. Los ár-

boles, á su irresistible empuje, menean curiosamente sus copas. Los de delgado tronco se cimbrean y los de tierno raigambre son arrancados y tirados contra el suelo. Las lianas golpean los arbustos y las hierbas: parecen gigantescos látigos manejados por ocultos monstruos. Las aves se asustan, y en los claros de la selva revolotean batiendo con tardos é inseguros giros sus pintadas alas.

Baggara continúa corriendo en pos de su víctima. Esta se para. Ha llegado junto á un riachuelo, y sintiéndose sin fuerzas para vadearlo, determina seguir su marcha ribera arriba... Andados unos 50 metros torna á detenerse... Entonces el negro, sudoroso y jadeante, requiere nuevamente el arco, pues sus piernas se niegan ya á sostenerle. El antílope, completamente inmóvil, levanta la hermosa cabeza y mira á un árbol con fijeza extraordinaria, como fascinado. Ya va Baggara á soltar la veloz flecha, cuando de la tronda se desprende, como una liana monstruosa, una temible serpiente boa que se lanza velozmente sobre el muriente animal, se enrosca á su cuerpo y lo atrae contra el árbol...

El cazador, anonadado, se encomienda á sus deidades y vuelve á desandar corriendo su camino, mientras que el huracán bufa á su alrededor y le persigue, llevando hasta sus espantados oídos el espeluznante crujir de los huesos del antílope...

JOSE A. LUENGO.





ESPAÑOLES ILUSTRES

SAN ISIDORO DE SEVILLA

Se conservaba aún en todo su esplendor la popularidad de San Jerónimo, y sobre todo la de sus *Cartas*, y también la del celo por la unidad de la Iglesia predicada por San Agustín en sus *Sermones* y en el admirable libro *La ciudad de Dios*, cuando aparecieron para mantenerla, como astros resplandecientes de cultura en los tiempos medios, los españoles Leandro, de Sevilla, y sus hermanos Fulgencio, obispo de Ecija, é Isidoro, que sucedió al primero en la metropolitana de Andalucía. Eran los días en que la herejía de Arriano se desencadenaba sobre los Estados del rey visigodo Leovigildo, y en los que la lucha por las ideas religiosas habían minado los lazos entre la real familia de España. Los Concilios de Toledo, convocados para resolver asuntos económicos, llegaron á su apogeo en esta época por la conversión del rey Recaredo, quien en el tercero de los celebrados en la después imperial ciudad abjuró del error, y con él toda la nobleza. Esta transformación, que motivó el establecimiento del catolicismo en nuestro país, se debió á la palabra ardorosa é ilustrada de San Leandro y al hombre más sabio de su tiempo, de incansable actividad de espíritu, de privilegiadas dotes de legislador, maestro de la juventud, cultivador de las letras y varón tan culto que, no satisfecho con dominar la Filosofía y la Teología, la Jurisprudencia y la Historia, la Geografía y la Astronomía, estudió las antigüedades sagradas y profanas, apareciendo cual digno intérprete y depositario de la civilización del antiguo mundo, el gran enciclopedista cristiano San Isidoro, de Sevilla. Por espacio de cuarenta años gobernó la silla episcopal de la más bulliciosa de las capitales de nuestra patria con tal esmero y general satisfacción, que pueblo y señorío veneraban al prelado;

Ayuntamiento de Madrid

durante ese tiempo reunió varias veces á los obispos de la Bética, entonces llamada así á la parte que comprende ahora el reino de Andalucía; en ellos condenó la rebeldía contra la fe con aquella elocuencia inspirada en los clásicos, y en el entusiasmo religioso y autoridad de los santos padres Basilio, Lactancio y Jerónimo; al mismo tiempo que se ocupaba de lo propio á su ministerio, se prodigaba para agrandar los prestigios de las escuelas, perfeccionándolas y dando á su organización reglas y órdenes para mejorar la enseñanza.

Para que esta labor no se perdiera, él mismo enseña, expone, comenta, narra, discute, dogmatiza, toma todos los tonos y se prepara para que la cultura llegue á todas las inteligencias, poniendo más empeño en perpetuar en el clero la por él acaudalada y difundida ya entre sus discípulos. Sus obras, con ser tan interesantes, no llegan á serlo tanto como su figura. Trató San Isidoro de recoger toda la ciencia profana y divina en compendio para vulgarizarla y extenderla, y por ello, salvo el gran libro de *Las etimologías*, sus otros trabajos sólo merecen la atención del curioso. De género poético escribió el poema *De fabrica mundi*, donde presta menos atención á la elegancia de los versos que á la conformidad de lo que dice con las Escrituras; de Gramática, dejó el dialoguito *De sinónimos*; sobre Historia, *Varones ilustres é Historia de los godos*, y la muy importante *Crónica general*, dividida en seis partes, en la que trata de los sucesos de todas las edades, partiendo del de la Creación y terminando en los del siglo VII en que escribía el santo doctor. Pero la obra magna de Isidoro de Sevilla es sin disputa *Las etimologías*, donde el polígrafo hispalense nos habla de las siete disciplinas liberales que comprenden la Gramática, la Retórica, la Lógica, la Aritmética, la Geometría, la Música y la Astronomía; y de Medicina, Cronología, Bibliografía, Teología, Csmografía, Agricultura, Minerología é Indumentaria, ciencia del vestir, y, sobre todo, de lo que eran las artes industriales en España antes que sus progresos pudieran ser achacados á los adelantos introducidos por los árabes. San Isidoro desautoriza á los malos españoles que afirman que nunca hubo en nuestro país industria indígena ni ciencia netamente española. Basta recordar lo que confirmando á Columela, autor de la *Agricultura*, que vivió en el primer siglo, dice de lo que eran los campos andaluces cuando aún no había mahometanos en el mundo, y lo que añade refiriendo la orfebrería visigoda y la sedería en dicho tiempo para hacer callar á los que, porque ignoraban mucho se permiten hablar de todo.

En la vida política también tomó parte el insigne obispo, interviniendo á favor de San Hermenegildo cuando huyó á Sevilla. De este glorioso español bastaría decir que, cuando se cultiven las ciencias escritas por españoles, volverá á tener la fama indiscutible que merece y la que tuvo toda la Edad Media, como la del último representante de la cultura romana y griega. Vivió desde 570 á 636.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.